

El devenir de las organizaciones piqueteras en Argentina¹

Por Maristella Svampa

El surgimiento de un conjunto de movimientos de desocupados (piqueteros) es una de las experiencias más ricas y novedosas de la Argentina de la última década. Para comprender el origen de este nuevo movimiento es necesario tener presente el contexto de transformación económica, social y política de la Argentina de los últimos treinta años. Como en otros países latinoamericanos, estas transformaciones -ocurridas como corolario de la aplicación de políticas neoliberales- terminaron por reconfigurar completamente las bases de la sociedad. El proceso, marcado por el empobrecimiento, la vulnerabilidad y la exclusión social comenzó en los años '70, con la última dictadura militar; tuvo su punto de inflexión entre 1989 y 1991, con la asunción de Carlos Menem al gobierno -momento en que se profundizan las políticas de apertura comercial y de reestructuración del estado- y encuentra, por último, una aceleración mayor luego de 1995, con la acentuación de la recesión económica y la entrada a la desocupación masiva.²

Los '90 fueron así para la Argentina años de descolectivización masiva que afectaron muy especialmente a las grandes zonas industriales, que por entonces ya arrastraban consigo las secuelas de una primera devastación, producto del plan económico instrumentado por la última dictadura militar. En pocos años, la cartografía social varió considerablemente: el llamado cordón industrial se convirtió en un verdadero cementerio de fábricas y pequeños comercios, que fueron reemplazados por cadenas de shoppings e hipermercados. En medio de la euforia neoliberal comenzaron a erigirse los altos muros de la ciudad privatizada (urbanizaciones cerradas, con seguridad privada), al tiempo que se multiplicaron las villas de emergencia y los asentamientos.

Sin embargo, desde el fondo de la descomposición social, nuevas formas de organización y de movilización fueron emergiendo en la sociedad argentina. A partir de 1996-97, una parte de aquella Argentina sacrificada por el modelo neo-liberal e ignorada por los medios de comunicación, hizo su irrupción en las rutas del país, impidiendo la libre circulación de personas y mercancías, en demanda de puestos de trabajo. Es allí

¹ Publicado originariamente en la revista *Barataria* La Paz, Bolivia, septiembre de 2004, nro 1 y *Mouvements et pouvoirs de gauches en Amérique Latine, Alternatives Sud*, centre Tricontinental et Editions Syllepse, Louvain, Bélgica. Volumen 12, 2005-2.

² Según la Encuesta Permanente de Hogares (EPH) del Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), la tasa de desempleo subió de 6,9% en 1991 al 18,4% en 1995. Luego de un pico de 21,5% en 2002, actualmente el desempleo roza el 20%.

que surge el nombre "piquetero" -aquél que organiza los piquetes, los cortes en las rutas- el que, además de atraer la atención -de los medios y del sistema político- por su fuerza expresiva, representó una alternativa para todos aquellos para los cuales una definición, como la de desocupados, les resultaba intolerable. De esta manera, la acción colectiva trajo consigo la idea de que otra identidad -y otro destino- era posible para quienes habían perdido su trabajo y habían visto interrumpida su carrera laboral.

Los orígenes y los alineamientos

Desde sus orígenes, el movimiento piquetero nunca fue uno ni homogéneo, sino que estuvo atravesado por diferentes tradiciones organizativas y corrientes político-ideológicas. En rigor, en tanto "movimiento de movimientos", éste reconoce dos afluentes fundamentales: por un lado, reenvía a las acciones disruptivas, evanescentes y por momentos unificadoras, de los cortes de ruta y levantamientos populares registrados en el interior del país a partir de 1996/97, resultado de una nueva experiencia social comunitaria, vinculada al colapso de las economías regionales y a la privatización acelerada de las empresas del Estado realizada en los años ´90; por otro lado, remite a la acción territorial y organizativa gestada en el populoso cordón industrial de Buenos Aires, y ligada a la lenta pauperización del mundo popular, que arrancó en los años ´70. Es precisamente en la región del Conurbano bonaerense donde se gestaron los modelos de organización, posibilitando años más tarde la proyección de los desocupados a escala nacional, así como los estilos de militancia, basados en el trabajo comunitario en los barrios.

Actualmente, la heterogeneidad y variedad de corrientes al interior del espacio piquetero es muy grande. Sólo para dar una breve ilustración de la diversidad actual, podemos mencionar los principales alineamientos, los que pueden comprenderse a partir de tres lógicas principales: una de tipo político-sindical, otra más bien partidaria y, por último, una lógica de acción territorial. La primera de ellas es ilustrada por la *Federación de Tierra y Vivienda (FTV)*, la agrupación más institucionalizada y oficialista, vinculada con la central sindical de trabajadores argentinos (CTA). La lógica de acción partidaria se ve reflejada en agrupaciones ligadas a los partidos de izquierda, como el *Polo Obrero* (Partido Obrero, de inspiración trotskista), el *Movimiento Territorial de Liberación* (Partido Comunista Argentino), el *Movimiento Teresa Vive* (Movimiento Socialista de Trabajadores, trotskista), y *Barrios de Pie* (Patria Libre, populismo de izquierda). Existen asimismo organizaciones piqueteras generadas en torno a liderazgos de tipo barrial, que se han mantenido al margen de las lógicas sindical y partidaria, que incluyen a los

distintos *Movimientos de Trabajadores Desocupados (MTD) Aníbal Verón* o, también, algunos que se conformaron en el interior del país –como la emblemática *Unión de Trabajadores Desocupados (UTD)* de General Mosconi, Salta- y que no integran ninguna de las grandes corrientes de nivel nacional. Finalmente, podemos mencionar agrupaciones de raigambre “mixta” como la *Corriente Clasista y Combativa (CCC)*, que reconoce orígenes en el sindicalismo, pero cuyos principales referentes son miembros del Partido Comunista Revolucionario, ligado al maóismo; o casos en los cuales la lógica territorial y política aparecen entremezcladas y en tensión permanente, como en el *Movimiento Teresa Rodríguez (MTR)*, agrupación independiente de orientación guevarista; y el controvertido *Movimiento de Jubilados y Desocupados (MDD)*, que presenta un fuerte estilo movimientista y personalista.

En fin, más allá de la heterogeneidad, los diferentes movimientos reconocen un espacio común recorrido por determinados repertorios, entre los cuales se encuentra el piquete, como formato de acción, las referencias a la pueblada (los levantamientos insurreccionales), el trabajo en el territorio (la labor barrial), la dinámica asamblearia (en sus diferentes inflexiones), el control de planes sociales otorgado por el Estado y, por último, un relato específico acerca de la identidad y la historia del “movimiento piquetero” .

La respuesta del Estado

La instalación de un modelo de exclusión social requirió importantes cambios en las formas de intervención social del Estado: por un lado, el Estado fue desarrollando estrategias de contención de la pobreza, por la vía de la distribución –cada vez más masiva- de planes sociales y asistencia alimentaria entre las poblaciones afectadas; por el otro, el Estado se encaminó hacia el reforzamiento del sistema represivo institucional, apuntando al control de los conflictos sociales, a través de la represión y la criminalización de los grupos sociales más movilizados.

Así, pese a que la demanda de las organizaciones de desocupados ha sido siempre la creación de puestos de trabajo, desde 1996 el Estado argentino respondió a las mismas a través de un programa de subsidios, que incluye una ayuda financiera, a cambio de una contraprestación laboral. Dicho programa, conocido como el Plan Trabajar, mantuvo siempre (aún en su nueva formulación del año 2002, el Plan Jefes y Jefas de Hogar) una marcada ambigüedad al no constituir ni un seguro de desempleo, ni

una política asistencial, ni una política de reinserción laboral. Los subsidios –que no llegan a alcanzar la exigua suma de 50 dólares por mes- se constituyeron desde entonces en la principal política de contención promovida por el gobierno, pasando a convertirse, con el correr de los años, en el centro de la negociación con las organizaciones. De un volumen inicial de aproximadamente 200.000 subsidios vigentes en 1997, la cifra aumentó a 1.300.000 planes en octubre de 2002. En la actualidad, este plan social, el de mayor envergadura en América Latina, llega a 1.760.000 personas. Importa aclarar que sólo cerca del 10% de los mismos son directamente controlados por las organizaciones piqueteras, mientras que el 90% restante es gestionado desde los municipios, vinculados en su mayoría al Partido Peronista.

Por otro lado, la represión y la judicialización del conflicto social se constituyeron en la otra variable configurativa de la política neoliberal. El endurecimiento del contexto represivo se tomó visible en el aumento del pertrechamiento de las diferentes fuerzas (policía federal, provincial, gendarmería nacional y prefectura). A partir de 1994, la violencia de Estado se concretó en fuertes situaciones de represión, que culminaron con la muerte de numerosos manifestantes, registrados principalmente en las regiones y provincias más conflictivas. A su vez, éste fue acompañado por sostenido proceso de judicialización de la protesta, que eleva hoy a más de 4.000 los procesamientos, inicialmente por corte de ruta. Pese a ello, nada parecía frenar el ascenso y reconocimiento social de este nuevo actor, cuya capacidad de auto-organización y movilización iba en aumento, a tal punto, que en julio y septiembre de 2001, poco antes de las célebres jornadas que derrocaron al gobierno de De la Rúa, las organizaciones realizaron dos cumbres piqueteras, reuniendo a la casi totalidad del campo militante.

Sin embargo, luego de la asunción de N. Kirchner, varias cosas han cambiado. Pese a que el nuevo gobierno peronista no ha dado muestras de un cambio de rumbo en términos de proyecto socioeconómico, pese a que la pobreza y la desocupación continúan afectando a franjas importantes de la sociedad argentina, las organizaciones piqueteras han visto fuertemente socavadas su legitimidad y deteriorado sus vínculos con el resto de la sociedad. En efecto, en el medio de una ardua contienda política han sido transitoriamente integradas o controladas por el nuevo gobierno; hostigadas más que nunca por los grandes medios de comunicación, que no vacilaron en realizar una cruzada antipiquetera teñida de un fuerte maniqueísmo; en fin, criticadas y despreciadas

no sólo por aquellas clases medias que durante un fugaz período apoyaron parte de sus reclamos, sino también por vastos sectores sociales.

Al aislamiento social que hoy sufren, hay que añadir factores de orden endógeno, propios al espacio que comparten hoy casi unas cincuenta organizaciones piqueteras. Entre ellos, vale la pena mencionar los efectos negativos de la fragmentación organizacional, tanto como la ausencia real de espacios de coordinación innovadores. Por último, no hay que olvidar, que desde aquellas hoy lejanas jornadas de diciembre de 2001, las organizaciones han mostrado una alta tendencia a la repetición, sobre todo en términos de repertorios de acción (corte de ruta o de calles) y, en determinados sectores, un dogmatismo ideológico acérrimo, que en muchos casos les ha llevado a minimizar la productividad política del peronismo y, por lo tanto, a negar sistemáticamente la posibilidad de un "cierre" de la situación anterior.

El fin del año extraordinario

Es sabido que toda gran crisis está recorrida por demandas ambivalentes. En Argentina, la crisis de 2001 era portadora de una demanda doble y contradictoria: por un lado, había un llamado a la creación de una nueva institucionalidad, que priorizaba la auto-organización de lo social, a distancia y en detrimento del mundo institucional; por otro lado, transmitía un llamado a la normalidad, que podía leerse como un reclamo de intervención estatal para garantizar el orden, la ejecutividad y la seguridad. Con el correr de los meses, frente a la imposibilidad de que los movimientos sociales encarnaran la nueva institucionalidad, la exigencia de normalidad se fue imponiendo como corolario, en un marco cada vez mayor de dispersión e invisibilización de los actores movilizados, hasta ir desembocando en una lectura unilateral de lo efectivamente ocurrido. Pronto, demasiado pronto, algunos olvidarían que el año 2002 fue el de la recuperación del protagonismo, a través del retorno de la política a las calles, para retener sobre todo el recuerdo del caos y del gran cataclismo. Así, nuestro año extraordinario logró perder la ambigüedad –y el aura- que lo había caracterizado, para reducirse a un sola y posible lectura, perjudicando notoriamente la percepción de los grupos movilizados.

La asunción de Kirchner coincidió entonces con esta exigencia, encarnando esa voluntad de retorno a la normalidad, algo así como el afán, la expectativa, de encontrar un principio de estabilidad después del cataclismo vivido. No es extraño que, frente al déficit de legitimidad con el cual fue ungido (solo el 20% de los votos), se encaminara

entonces a articular aspectos de esta demanda (como aparece explicitado en la consigna presidencial "por un país normal, por un país en serio"), todo ello en un clásico estilo personalista, que vuelve a mostrar la productividad histórica de los giros y conversiones político-ideológicos del peronismo.

Lo cierto es que un nuevo escenario se abrió con la llegada de Kirchner, cuyos primeros gestos políticos generaron una gran expectativa social, en consonancia con la creciente demanda de "normalidad institucional". Así que, paradójicamente, pese a que Kirchner se encontró con un movimiento piquetero muy consistente, el cambio en la estructura de oportunidades políticas le otorgó un margen de acción mayor que el que tuvieron los gobiernos anteriores. Así, su política consistió en poner en acto, simultáneamente, el abanico de estrategias disponibles para integrar, cooptar, disciplinar y/o aislar al movimiento piquetero, discriminando entre las corrientes afines y aquellas opositoras.

En un primer momento, para controlar a las organizaciones piqueteras, el gobierno nacional no dudó en alentar la estigmatización de la protesta, contraponiendo la movilización callejera a la exigencia de "normalidad institucional"-, e impulsando así la imagen de una democracia supuestamente "acosada" por los desocupados. Atravesada por una cruda retórica sarmientina donde se entremezclan los estereotipos negativos del piquetero "violento" con aquella del piquetero "plebeyo", la campaña de invectiva y descalificación verbal ha tenido momentos de alto voltaje. Como en décadas pasadas, las visiones maniqueas y descalificantes ganaron el lenguaje periodístico, reduciendo la experiencia piquetera a una metodología de lucha "ilegal" (el piquete), así como se multiplicaron los ataques contra las organizaciones, acusadas de asistencialismo (dependencia respecto del Estado, vía planes sociales) y de nuevo clientelismo de izquierda. No es extraño que esta campaña haya logrado instalar un peligroso sentido común caracterizado por el rechazo a las organizaciones piqueteras, que aparecen definidas ahora como un "problema" y, a la vez, como una "amenaza", en el supuesto proceso de recuperación social (capitales y trabajo) .

En un segundo momento, pese a que el gobierno inicialmente se había comprometido a tratar la amnistía o nulidad de los procesamientos iniciados por cortes de ruta, apenas entablada la pulseada en las calles, olvidó el proyecto y apostó a la política de manejarse –en palabras del ministro del interior- con el "código penal en la mano". De esta manera, la tendencia a la criminalización del reclamo piquetero tomó un fuerte impulso. Así, en los últimos tiempos, en sintonía con el poder político, los jueces comenzaron a actuar de oficio, abriendo causas penales contra militantes sociales o solicitando investigaciones y seguimientos sobre las modalidades organizativas y

financiamientos de determinadas agrupaciones piqueteras. En fin, recientemente el endurecimiento de las posiciones gubernamentales se tradujo en una nueva oleada represiva, que arrancó con la detención de una veintena de manifestantes, en julio pasado, en el marco de una protesta contra el nuevo código contravencional de la ciudad de Buenos Aires y con el encarcelamiento y dictado de prisión preventiva de varios militantes piqueteros, en ocasión de una protesta realizada ante la visita del nuevo titular del FMI, así como de otros tantos en la Patagonia argentina, que luego de ocupar una multinacional petrolera, habían logrado llegar a un acuerdo con ésta.

En fin, la recurrente judicialización del conflicto piquetero tiene como resultado el agravamiento de las figuras penales imputadas a los manifestantes, a la par que tiende a desdibujar el reclamo esencial de las organizaciones de desocupados, al reducir la protesta a un tipo de acción (el corte de ruta o de calle), obturando la percepción y valoración de aquellas otras dimensiones que constituyen la experiencia, esto es, el trabajo comunitario en los barrios así como el desarrollo de nuevas prácticas políticas, asociadas a la dinámica asamblearia.

Los realineamientos en el campo piquetero

El cambio de escenario político produjo una sucesión de realineamientos al interior del espacio piquetero. En función de ello, hoy podemos distinguir tres configuraciones mayores: las agrupaciones populistas, las ligadas a los partidos de izquierda y, por último, el espacio de las nuevas izquierdas. Veamos cada una de ellas.

Desde el comienzo, las agrupaciones que presentan una matriz populista, sobreestimaron la productividad política del actual gobierno peronista y, en consecuencia, desarrollaron una fuerte expectativa (re)integracionista, apostando a la reconstrucción del estado nacional, desde un nuevo liderazgo, encarnado por el presidente N.Kirchner. Este ala del movimiento, que recientemente conformó un Frente piquetero oficialista, se apoya en el nuevo clima ideológico que recorre el continente y alienta la idea de conformar un polo latinoamericano, que incluyen experiencias como la de Chávez en Venezuela, Lula en Brasil, Kirchner en Argentina, próximamente el Frente Amplio en Uruguay y, eventualmente Evo Morales en Bolivia. Más allá de las diferencias que en términos de estilo político y objetivos estratégicos existen entre las distintas experiencias latinoamericanas, necesario es decir que las orientaciones del gobierno actual parecen alentar una suerte de "ilusión populista", antes que la efectiva recreación de un supuesto proyecto reintegracionista. Entre estas organizaciones se encuentra la ya institucionalizada y oficialista FTV, así como la organización Barrios de Pie, quienes

reciben un tratamiento privilegiado de parte del gobierno nacional, a través de algunos de los nuevos programas sociales que contemplan la construcción de viviendas y el financiamiento de emprendimientos productivos.

Por el contrario, los grupos ligados a los partidos de izquierda (PO, PC, MST, incluyendo una agrupación independiente, de estilo movimientista, como el MJD), subestimaron la productividad política del peronismo, e impulsaron una lectura del gobierno de Kirchner en términos de continuidad con los anteriores ("más de lo mismo"). Las serias dificultades para reconocer el cierre –aún transitorio- de la situación anterior y el cambio de oportunidades políticas, las condujo a actualizar hasta el paroxismo una estrategia centrada en la movilización callejera, como eje prioritario de la construcción y concientización política, cuyas consecuencias a mediano plazo se tomaron negativas tanto en términos de capacidad de presión (hacia el gobierno), como de movilización (el desgaste inevitable de las bases sociales).

Por último, mientras que las dos primeras tendencias dan cuenta de una progresiva "partidización" de las organizaciones dentro del campo piquetero, existe una tercera tendencia -menos visible para los medios de comunicación, más innovadora en términos de prácticas políticas-, el de las nuevas izquierdas, que ocupan una parte de las organizaciones independientes. Este espacio heterogéneo incluye organizaciones de larga trayectoria como el MTR y los MTDs de la A.Verón, así como las experiencias de otros MTDs (Solano, Guemica, entre otros); esto es, un arco ideológico que va del guevarismo, la izquierda radical en sus diferentes variantes, hasta las formas más actuales del autonomismo. Más allá de las diferencias ideológicas que las separan, estas organizaciones buscaron no caer en la trampa de la posición simplificadora frente a la cual los colocaba, una vez más, la productividad histórica del peronismo. Así, sin renunciar a la movilización ni a la producción de nuevas estrategias de acción, privilegiaron la temporalidad de la problemática barrial, preocupados por la creación de ámbitos de formación política y esferas de producción de nuevas relaciones sociales (el "nuevo poder", el "poder popular" o el "contrapoder", según las diferentes formulaciones), antes que a una desigual contienda política con un gobierno fortalecido por el apoyo de la opinión pública.

Entre avances y retrocesos: los nuevos desafíos

No son pocos los observadores que afirman que los movimientos piqueteros atraviesan un fuerte momento de crisis y de declive, visible en la fragmentación organizacional, así como en la disminución de su capacidad de movilización. Sin

embargo, es necesario tener en cuenta cuán vertiginosos y dinámicos son los procesos sociales cuando de movimientos sociales se habla, pues si bien el cuadro anterior continúa describiendo una realidad que atraviesa de hecho a gran parte de las organizaciones, no son pocas las que actualmente buscan responder los nuevos problemas y desafíos, a través de la reformulación y extensión de las plataformas discursivas y reivindicativas. Este proceso comienza a ser visible tanto en la diversificación de metodologías (a fin de evitar el antipático corte de ruta o de calle), como en la ampliación del campo adversario (a fin de interpelar a otros actores, además del Estado). En efecto, la multiplicación de los repertorios de acción es llamativa: entre los más recientes se destacan los llamados "piquetes a las ganancias", esto es, bloqueos a ventanillas o accesos de las empresas privatizadas (trenes, subterráneo, peajes de autopistas), en reclamo de puestos de trabajo. En cuanto a lo segundo, existe una tendencia a interpelar cada vez más los grandes grupos multinacionales, esto es, aquellos que controlan a los servicios básicos, así como la explotación de los recursos naturales (gas, petróleo).

Para finalizar, recordemos que en Argentina existen cerca de dos millones trescientos mil desocupados (cinco millones, si se incluye a los subocupados), aunque solo una escasa parte de ellos – unos doscientos mil- están organizados. Sin embargo, pese a que estadísticamente están lejos de representar la mayoría, las organizaciones piqueteras han desarrollado un gran protagonismo social y político. Esa innegable centralidad, tan perturbadora y a la vez tan irritante, viene a decirnos una y otra vez que ninguna sociedad con aspiraciones de integración y de justicia social puede construirse sobre la base de la exclusión de una parte de ella. Como corolario, cabe agregar que en Argentina pocos movimientos sociales de carácter plebeyo –el peronismo en otras épocas- han concitado lecturas tan maniqueas y posicionamientos políticos tan ambiguos, recubiertos de una falsa retórica progresista, como aparece de manera ejemplar en aquellas críticas que adhieren sin más a la hipótesis de la "manipulación" de las bases sociales o, de manera supuestamente más elaborada, a una visión "miserabilista" de los sectores populares.

Es cierto que las organizaciones piqueteras contienen una fuerte presencia de componentes pragmáticos, que por momentos parece vincularlas más a una dinámica acorde a un "movimiento social urbano", de tipo reivindicativo, que a aquella propia de un movimiento social antagónico, portador de nuevas orientaciones socioculturales o un contraproyecto societal. Pese a ello, a partir de grandes dificultades y en medio de un fuerte aislamiento, de límites coyunturales y/o estructurales, existen numerosos movimientos que en una lucha desigual, día a día, entre la ruta y el barrio, continúan

generando prácticas novedosas y disruptivas, nuevas formas de subjetivación y de recreación de los lazos sociales. Todo lo cual nos lleva a reafirmar entonces que no será desde registros unilaterales que comprenderemos y aportaremos al esclarecimiento de una dinámica social tan compleja, sino más bien desde y a partir de la incorporación de la ambivalencia al análisis, suerte de registro de origen que atraviesa tanto la trama profunda como los avatares más visibles y coyunturales de las organizaciones piqueteras.